

¿Quién le tema a Virginia Woolf?

Reflexiones sobre la reconciliación en Colombia

Hace poco participé en una reunión sobre el tema de la reconciliación en Colombia. Se plantearon las siguientes preguntas claves: ¿Cómo se debe definir el término y qué acciones concretas se podrían adelantar desde ya para acercarse a la reconciliación entre los colombianos, a pesar de que el conflicto armado no ha terminado? ¿Cómo debería estructurar la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) su trabajo respecto a la reconciliación y qué rol deberían jugar las víctimas, los victimarios, el gobierno, el Estado y la sociedad en general?

Siendo el único extranjero en la mesa, escuché las ponencias y los comentarios de los asistentes con mucha atención. Ellos diferenciaban entre aspectos subjetivos y objetivos de la reconciliación. Entre otros, se

mencionaba la importancia del acto de pedir perdón y perdonar, de estar abierto a diferencias culturales en el esfuerzo de entender la reconciliación, y de recuperar la confianza cívica en las instituciones de justicia y de justicia transicional, incluida la CNRR. También se dijo, con mucha razón según mi juicio, que la reconciliación debería ser vista como un proceso con una dinámica propia, que está vinculado a las esferas de la verdad, la justicia y la reparación, pero no se agota en éstas. Tampoco se trataría de lograr únicamente la reconciliación entre las víctimas y los victimarios, sino de entender la reconciliación como un esfuerzo colectivo de toda la sociedad colombiana durante un período probablemente prolongado.

Siguiendo la discusión, empecé a preguntarme qué desearía yo —si fuera

colombiano— que se hiciera concretamente para que se avanzara hacia la reconciliación, como parte esencial del logro de la paz en Colombia. Pensando en alto, compartí con los asistentes a la reunión el profundo impacto que me había causado la obra de teatro “¿Quién le teme a Virginia Woolf?”, de Edward Albee, presentada no hace mucho por una compañía del Deutsches Theater en el Festival Internacional de Teatro en Bogotá. Di este ejemplo porque el intercambio de ideas de aquella noche me llevó a pensar que un aspecto de la reconciliación consiste en comprender que cada miembro de una comunidad severamente castigada por la violencia —sea como víctima o no— puede encontrar un reflejo de sus propios temores y rencores en el esfuerzo de otros de crear una representación del drama humano vivido por el conjunto de la sociedad. Verse reflejado en el esfuerzo de otros ayuda a que uno entienda mejor su propia situación frente a hechos y recuerdos muchas veces profundamente impregnados de dolor y de angustia. Ese tipo de reflejo podría ayudarle a cada individuo a reconstruir los lazos mutilados con la comunidad a la que pertenece.

La obra “¿Quién le teme a Virginia Woolf?” representa el infierno de las relaciones emocionales y sociales en los Estados Unidos en la década de 1960. Muestra de manera descarnada la crueldad, el dolor, la fragilidad, la sevicia y los temores de los cuatro protagonistas, haciendo tangibles hasta el extremo los abismos de la

vida humana, de la misma condición humana. Apela fuertemente a los sentimientos, el pasado y el presente de los propios espectadores, pero preserva a la vez la dignidad de los protagonistas por medio de un lenguaje y un *plot* magistrales —y de un profundo humanismo.


Diría que cuando uno sale de esta obra no es del todo la misma persona. Y precisamente de eso se trata. Enfrentado a esta representación particular del drama humano en una universidad en los Estados Unidos en los años sesenta, el espectador se ve obligado a situarse a sí mismo sobre el mapa quebrado de su propia existencia, reflexionar sobre su pasado, presente y futuro, y pasar revista a los errores cometidos y los golpes recibidos de otros en el curso de la vida en comunidad. Uno sale de la obra con el sentimiento de haber tocado fondo, de haber sido sometido a la fuerza dialéctica de una vívida representación del drama humano, del cual no es posible salirse, en el cual cada uno de nosotros desempeña un papel.

En otra ocasión escribí que los colombianos, como parte del esfuerzo de sobrevivir en medio de una guerra inusualmente larga, han aprendido a “externalizar” el conflicto armado. Pareciera, en efecto, que el carácter prioritariamente rural del conflicto ha producido en muchas personas en las grandes ciudades, en particular en los estratos altos, la sensación de que la guerra está lejos. Muchas veces la guerra es descrita como algo ajeno, un fenómeno, como el clima, impo-

sible de controlar y cuyo curso no es influido por lo que hace la gente –la sociedad, el gobierno, los grupos armados–. Sugerí que “es imposible separar el conflicto de la forma en que funciona Colombia como sociedad y ente político”, porque el conflicto “se ha convertido en parte de la vida colombiana”.¹ Quizás se debería agregar: de la vida de todos los colombianos, los que viven en las ciudades y los que viven en el campo, involucrados o no directamente en el conflicto.

Proyectando este argumento al tema de la reconciliación, me parece importante resaltar que ésta requiere que los ciudadanos “externalicen” efectivamente sus experiencias individuales de dolor y rencor por medio de la creación de representaciones. Éstas pueden dar forma a la tragedia en la cual todos los colombianos juegan

un papel, pueden hacer esa tragedia palpable, y pueden servir como espejos en los cuales la comunidad afectada por el conflicto puede reencontrarse a sí misma. Una vez creadas las representaciones –individuales y colectivas– como parte del esfuerzo de reconciliación, adquirirán una vida propia. Como toda representación del drama humano esas representaciones empezarán a inspirar a otros en su búsqueda por reconstruir los lazos con la comunidad deshecha.

Sobra decir que sigo pensando en alto y que lo expuesto se refiere solamente a una dimensión de la gran tarea de lograr la reconciliación entre los colombianos. Otras dimensiones, como la verdad, la justicia y la reparación, y el papel de la CNRR, son igualmente importantes o quizás más, y no deben ser olvidados. Pero sí pienso que la reconciliación depende también de que todos los colombianos compartan el drama que ha vivido y está viviendo su comunidad. Es en este sentido que la sociedad misma puede avanzar de la mano del Estado y de los gobiernos hacia un elemento central de la paz: la reconciliación. 

1 “Reflexiones acerca del conflicto y posconflicto en Colombia”, en Markus Schultze-Kraft, *Pacificación y poder civil en Centroamérica. Las relaciones cívico-militares en El Salvador, Guatemala y Nicaragua en el posconflicto*, Norma, Bogotá, 2005, pp. 423-424, 447.